

Primeras etapas en la conquista romana de Gallaecia

Víctor Alonso Troncoso*

Hay una frase de Tito Livio que se ha hecho célebre por lo bien que expresa las dificultades encontradas por Roma en el proceso de sometimiento de los pueblos de la península ibérica. No por más citada, sigue siendo menos elocuente: «Por esta razón, siendo la primera provincia en que penetraron los romanos —de las que pertenecen al continente, claro está—, fue la última de todas en ser sometida, y sólo en nuestra época, bajo el mando y los auspicios de Augusto César»¹.

La historia de la conquista fue en efecto lenta, azarosa y llena de altibajos, al contrario por ejemplo de la guerra de las Galias, llevada a término de un tirón y por un solo hombre, Julio César, en menos de diez años (58-50 a.C.). Bien es verdad que ni por su extensión y diversidad geográfica, ni por la dificultad de sus comunicaciones, ni tampoco por la heterogeneidad de sus etnias y culturas, podía compararse la Hispania prerromana con cualquier otro país europeo de la época sometido al imperio. No es de extrañar, por tanto, que los tiempos y las coyunturas de la expansión romana se plegasen a las sinuosidades de la vieja piel de toro, resultando de todo ello un argumento en verdad muy poco lineal.

Como es de todos conocido, los ejércitos de Roma pusieron pie por vez primera en estas tierras al estallar la segunda guerra púnica (218 a.C.), para no dar cuartel a Cartago durante la ofensiva de Aníbal. Aquellos soldados

(*) Catedrático de Historia de la Universidad de La Coruña.

¹ Trad. J. A. Vidal Villar. En el original latino: *Itaque ergo prima Romanis inita provinciarum, quae quidem continentis sint, postrema omnium nostra demum aetate ductu auspicioque Augusti Caesaris perdomita est* (28, 12).

venidos del Lacio no sabían realmente en qué avispero se metían ni se podían hacer una idea aproximada de la enormidad de la tarea que les aguardaba. Carecían de planes a largo plazo y aún tardarían mucho tiempo en darse cuenta de que el control de las ricas regiones levantinas y andaluzas exigía a su vez la pacificación completa de las demás poblaciones interiores y occidentales. Después de dos siglos, ya en el 19 a.C., Augusto lograba llevar a término la ardua empresa que le habían legado sus predecesores, alcanzando las fronteras naturales de la península frente al tenebroso océano. Lustre y orgullo para el primero de los césares, que no dejaría sin mención esta hazaña en el famoso recuento de sus *Res Gestae*: «traje recuperados de España los estandartes militares que habían perdido otros jefes, tras ser vencidos los enemigos»².

Si tuviésemos que resumir a grandes líneas las etapas de este proceso bélico, diríamos que fueron tres los momentos en que se desarrolló³. El primer período de la conquista comprendió aquellas contiendas iniciales que en verdad resultaron ser de anexión territorial, entre el 218 a.C., fecha del desembarco de Cneo Cornelio Escipión en Ampurias, y el 133 a.C., en que tuvo lugar la caída de Numancia ante Escipión Emiliano. En esta primera fase se inscriben, tras la destrucción del protectorado cartaginés, las guerras lusitanas y celtibéricas, sin duda los dos mayores desafíos lanzados por los indígenas a los nuevos invasores. Los cien años siguientes (del 133 al 29 a.C.), por el contrario, no vieron ampliaciones territoriales en forma sustancial al dominio provincial romano (a las dos Hispanias, la Citerior y la Ulterior), una clara desaceleración de la ofensiva militar itálica que debe ponerse en relación con la crisis de la República y las guerras civiles. Con el tercer período, en fin, entramos en la recta final de la sumisión de Hispania: en un solo y rápido movimiento el nuevo régimen del Principado iba a emprender las guerras cántabro-astures (29-19 a.C.), a resultas de las cuales el dominio provincial quedaría extendido hasta el norte y noroeste hispanos. Como quiera que esta última fase ha sido reiteradamente investigada en las últimas décadas, desde Ronald Syme hasta A. Rodríguez Colmenero, y teniendo en cuenta además que las referencias de las fuentes a los galaicos durante esta contienda son tangenciales y equívocas, vamos a dejar sin tratamiento esos años postreros de la conquista, remitiendo al lector a la abundante bibliografía disponible⁴. Quede constancia, no obstante, de que como

² *Signa militaria complura per alios duces amissa devictis hostibus recipravi ex Hispania* (Monum. Ancyr., 5, 39).

³ Seguimos en esta periodización a M. Vigil, *Historia de España Alfaguara. Edad Antigua*, 3.ª ed., Madrid, 1976, pp. 282 y ss.

⁴ R. Syme, *The Spanish war of Augustus (26-25 B.C.)*, *AJPh* 55 (1934), pp. 293-317; id., *The conquest of North-West Spain*, en «Legio VII Gemina», León 1970, pp. 79-107; W. Schmitthener, *Augustus' spanischer Feldzug und der Kampf um das Prinzipat*, *Historia* 11

resultado directo y tangible de la política de pacificación de las tribus castreñas llevada a cabo en nombre de Augusto por sus legados y gobernadores, nació la ciudad de *Lucus Augusti*, probablemente a partir de un antiguo campamento romano levantado a orillas del Miño, ya en el propio curso de la contienda⁵.

La lentitud del avance romano no debe inducirnos a errores de apreciación. Sería inexacto afirmar que las autoridades republicanas se tomaron a la ligera las luchas en Hispania o que simplemente fiaron al buen tino de sus mandos la pacificación de los pueblos prerromanos asentados en estas regiones. El senado tomó una y otra vez cartas en los asuntos de la vieja Iberia, mientras que Augusto en persona llegó a desplazarse al campo de batalla para supervisar el desarrollo de la conquista en la última fase por él propiciada. De hecho, una de las cosas que más destaca en la nómina de los magistrados y gobernadores destinados en España es la gran relevancia política y militar de los mismos, lo que no excluye ciertamente sonados casos de incompetencia. Por sólo quedarnos con los nombres más destacados, recordemos ahora a las tres generaciones seguidas de los Escipiones, a los dos Gracos (Tiberio padre e hijo), a Catón el Viejo, a Mario y Sertorio, a Pompeyo y Metelo, a Julio César, a Octaviano y sus adjuntos en el mando (Agripa, Tiberio, Tauro), etc. Para todos ellos Iberia fue, si no la confirmación de su valía, al menos la dura escuela en que se curtieron y atesoraron las primeras experiencias fuera de la dulce y civilizada Italia —como ya antes lo había sido para Aníbal, lejos de Cartago—. Un hecho éste muy a tener en cuenta, y no sólo porque nos habla de la excepcional importancia que revestían las provincias españolas para la administración imperial, sino también porque merced a la actuación de estos caudillos, fuertes lazos de alianza y clientela fueron anudándose desde muy pronto entre los indígenas y la aristocracia senatorial romana.

* * *

Aunque excéntrico y mal conocido, el *Finis Terrae* hispano no escapó a las contingencias y características de la conquista que acabamos de señalar. Los primeros choques de las legiones con los habitantes del NO tuvieron lugar en tiempos de la República y no fueron sino un sucedáneo de las guerras lusitanas en su fase más cruenta (147-139). Por lo demás, también aquí los nombres de los generales asociados a los hechos de armas de

(1962), pp. 29-83; F. J. Lomas Salmonte, *Asturia prerromana y altoimperial*, Sevilla 1975; A. Rodríguez Colmenero, *Augusto e Hispania*, Bilbao, 1979.

⁵ A. Rodríguez Colmenero, *Sobre Paulo Fabio Máximo y la fundación de Lucus Augusti. Nuevos testimonios*, en F. Acuña Castroviejo (coord.), *Finis Terrae. Estudios en lebranza do Prof. Dr. Alberto Balil*, Santiago de Compostela, 1992, pp. 389-415.

mayor resonancia se inscriben entre la onomástica más ilustre de la *nobilitas* senatorial.

Ocurrió la primera confrontación conocida coincidiendo con el fin de las guerras lusitanas. El gobernador de la Ulterior que había urdido la muerte a traición de Viriato, Quinto Servilio Cepión, decidió internarse en el país de los galaicos para una misión de reconocimiento e intimidación, ya que no todavía de conquista. Las tribus lusitanas habían recibido el apoyo de los pueblos vecinos, y la maniobra del procónsul buscaba tanto el castigo del aliado entrometido como la retirada inmediata y sin complicaciones. En el estilo casi telegráfico de su fuente, en este caso la analística republicana, el griego de Alejandría, Apiano, recogería tres siglos después de los acontecimientos aquel episodio bélico: «Cepión, volviéndose contra los vetones y galaicos, devastó sus campos» (*Ib.*, 70). Como ha señalado N. Santos, «no resulta extraño en modo alguno que aparezcan mencionados los galaicos en un documento que describe la guerra de los lusitanos contra los romanos, puesto que el pueblo galaico, si no como confederación tribal o unidad gentilicia superior, cuando menos algunas de sus unidades menores se unirían con el fin de apoyar a las poblaciones vecinas en su lucha contra los ejércitos romanos, y más todavía si tenemos en cuenta la constante amenaza que supondría el desarrollo de acontecimientos bélicos con carácter anexionista en un territorio limítrofe»⁶. Acción de guerra menor, si se quiere, pero que debió de ejercer un gran impacto psicológico entre las tribus de los castros próximos al Duero (por ej., los bracarenses), sin olvidar tampoco que los círculos senatoriales empezaron a recibir desde aquella fecha información fiable y directa sobre el mundo castreño. Por todo ello no estará de más afirmar, con López Cuevillas, que el año 139 fue la data de entrada del pueblo galaico en los anales de la historia antigua, la primera mención de estas gentes en la historiografía romana contemporánea⁷.

No por muerto Viriato en el 139 había quedado del todo zanjada la cuestión lusitana. Los focos de insurrección aún ardían en algunos puntos del país, persistiendo los actos de pillaje secular de estas poblaciones contra las comarcas béticas y celtibéricas bajo el dominio provincial romano. El senado confió a Décimo Junio Bruto, cónsul del 138, la tarea de poner en movimiento un ejército de pacificación hasta las regiones septentrionales de Lusitania, y aun más allá si fuera preciso. Gracias al relato de Estrabón (III, 3, 1) sabemos que Junio Bruto fortificó y empleó Olisipo (Lisboa) como

⁶ N. Santos, *El ejército y la romanización de Galicia*, Oviedo, 1988, p. 29. No nos parece pertinente, sin embargo, la duda que plantea este autor, de si los legionarios cruzaron en esta ocasión la línea del Duero, entrando de veras en territorio galaico, o si sólo combatieron contra los galaicos en territorio de los vetones. El texto de Apiano habla a las claras de los campos propios de unos y otros.

⁷ *Cómo Galicia entró en la historia*, BRAG, 25 (1955), pp. 19-30.

base de operaciones durante esta primera campaña, en el curso de la cual se ha supuesto que condujo sus legionarios hasta la línea del Duero, confin y límite de los lusitanos con la cultura entonces ya diferenciada de los castros. Pero no es la expedición de este año, sino la del siguiente contra los castreños la que merece toda nuestra atención. En recuerdo de la misma, Décimo Junio Bruto recibirá el sobrenombre de *Callaecus*, el Galaico*.

En el 137, Bruto obtuvo como procónsul una prórroga en el ejercicio del mando del ejército provincial, es decir, una *prorrogatio* de sus atribuciones magistratoriales (en particular, el imperio militar), al objeto de poder concluir con éxito las operaciones de pacificación en toda la región y zonas alejadas emprendidas durante la estación precedente. Fue hacia la primavera del 137, en efecto, cuando tuvo lugar la primera expedición romana en toda regla, y casi con carácter exclusivo, contra la tierra de los galaicos —o mejor, la tierra que con el tiempo iba a ser bautizada por los invasores con el nombre de *Gallaecia*, a partir de una de sus tribus, los *Callaeci* de las inmediaciones de *Cales* (Oporto)—. Si se hubiese conservado el discurso *De imperio D. Bruti*, pronunciado en aquellos mismos momentos por Escipión Emiliano, amigo y aliado político de nuestro procónsul, podríamos hacernos una idea más exacta del tenor y alcance de las dos campañas principales (la del 138 y 137), amén de su actuación posterior en el 136. Sea como fuere, las fuentes nos permiten desde luego asentar algunos hechos como ciertos y acaso también vislumbrar otros de no menos importancia.

Sin apartarse demasiado de la costa, a lo largo de la ruta que después consolidaría seguramente la calzada número XVI del Itinerario de Antonino (Lisboa-Braga), Bruto cubrió el trayecto de Olisipo a Cales (Oporto), en la desembocadura del Duero (Festo 5, 1). Hasta aquí la marcha del procónsul calcó con toda certeza el mismo recorrido del año anterior. Pero en esta segunda campaña del 137, el ejército expedicionario no se detuvo ante el Duero, sino que lo cruzó, para encaminarse resueltamente hacia el norte, adentrándose a cada paso más y más en el ignoto país de los castros, el «fin de la tierra». Siempre fiel a su estrategia de pegarse al mar desdeñando las tierras altas, trampa idónea para la guerrilla indígena, Bruto fue llevando a

* La narración de Apiano (Ib. 71-73), que intercala la gestión de Bruto en la relación de hechos de Cepión, resulta confusa y desordenada. Sobre Bruto, cf. A. Blanco Freijeiro, *Monumentos romanos de la conquista de Galicia*, Habis, 2 (1971), pp. 223-32; M. Rodríguez Figueiredo, *Cales e a expedición de Decio Junio Bruto pola Galicia*, CEG, 28 (1973), pp. 248-59. Valiendo asimismo para los episodios ulteriores de la conquista: A. Tranoy, *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule ibérique dans l'Antiquité*, París, 1981, pp. 126 y s.; C. Torres Rodríguez, *La Galicia romana*, pp. 21 y ss.; A. Rodríguez Colmenero, *Conquista y organización*, en R. Villares (dir.), *Historia de Galicia*, vol. I, Faro de Vigo, 1991, pp. 101 y ss.; F. Senén López, *Prehistoria e idade antiga*, en F. Carballo (coord.), *Historia de Galicia*, 4.^a ed., Vigo, 1993, pp. 45 y ss.; F. J. González García, R. Branás Abad, *Galicia romana*. A Coruña, 1995, pp. 13 y ss.

la infantería legionaria a favor de las zonas bajas y desguarnecidas, cuyos poblados y rehenes podían ser tomados sin demasiados costes en vidas humanas. Más que la resistencia que pudieran ofrecer las gentes castreñas, intimidaban sobremanera a los legionarios del procónsul sus propios fantasmas y temores supersticiosos, todo un imaginario de mitos y leyendas sobre los peligros acechantes en los confines del océano occidental, allende las columnas de Hércules. Al igual que los españoles desembarcarían en América con la cabeza poblada de fantasías y utopías varias acerca del nuevo mundo⁹, y de la misma manera que los griegos habían hecho ya antes de Iberia una tierra fabulosa de metales y opulentos Geriones y Argantonios, así también los reclutas del Lacio e Italia se aproximaban a los confines de la ecúmene con toda suerte de prejuicios y hasta de terrores religiosos. Como si de una impiedad se tratase el hacer caso omiso del *non plus ultra* herculino.

Ocurrió cuando las tropas alcanzaron el río Limia, acaso a no muchos kilómetros de su desembocadura, con gran probabilidad en territorio portugués¹⁰. De todas las fuentes disponibles son Tito Livio (*Per.* 55) y Floro (I, 33, 12) los que nos informan con cierta explicitud sobre el suceso. Parece ser que entre los soldados romanos se había propalado la creencia de que aquel curso de agua, situado tan al norte y vertiente en el océano exterior, correspondía en realidad al mítico Leteo, el infernal río del Olvido¹¹. Con lo que, dominados por un miedo invencible, los que se llamaban conquistadores del mundo se negaron en redondo a atravesar la corriente del imaginado *Lethes*, en la creencia de que al otro lado les aguardaba sin remedio la pérdida de la memoria. Era una de esas tesisuras de la historia militar en que la autoridad de un capitán había de ratificarse con un gesto inapelable de valor personal, o de cordura ilustrada, que al efecto era lo mismo; y en verdad a esa altura supo estar Décimo Junio Bruto. Desdeñoso y dueño de sí, aquel aristócrata filoheleno y cultivado arrebató, al portaestandarte (*signifer*) la enseña legio-

⁹ Fundamental a este respecto una obra maestra de la historia moderna española: Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, vol. I-III, Madrid, 1989, que se puede completar con la lectura del mismo autor, *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, 1995.

¹⁰ A la altura de Ponte de Lima o algo más arriba. En cambio, A. Rodríguez Colmenero, *La investigación de la flota romana en la conquista de Gallaecia*, en V. Alonso Troncoso (coord.), *Guerras, exploraciones y navegación. Del mundo antiguo a la edad moderna*, La Coruña, 1995, p. 92, reitera su idea de que el paso se produjo en la actual comarca de Bande/Entrimo, pues supone que el avance del ejército se habría realizado, a partir del Duero, por tierras interiores, al contrario de la retirada, ya vía Camiña y Viana do Castelo hasta Braga.

¹¹ Otras fuentes: Estr. III, 3, 4; Ap., *Ib.* 71-2; P. Ox., British Museum, n° 668; Plut., *Cuest. Rom.*, 34, todas ellas compiladas por A. M. Romero Masiá, X. M. Pose Mesura, *Galia nos textos clásicos*, A. Coruña, 1988, *passim*. Para un análisis del mito, cf. M. García Quintela, *El río del Olvido*, en J. C. Bermejo Barrera, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana II*, Madrid, 1986, pp. 75-86.

naría y con ella en la mano vadeó el Limia —se ha venido repitiendo que para vocear desde la otra orilla los inolvidables nombres de los oficiales de su estado mayor, tribuno a tribuno, centurión a centurión—. Ni el epitomista de Livio ni ningún otro autor mencionan para nada tal demostración de buena memoria por parte del procónsul; el primero tan sólo hace notar:... *et cum flumen Oblivionem transire nollent, raptum signifero signum ipse transulit et sic, ut transgrederentur, persuasit*.

De este episodio se ha prestado atención sobre todo al tema del río como Leteo o antesala del Hades/Infierno, concepción que al parecer se inscribe en un conjunto de mitos grecolatinos y peninsulares de común raigambre indoeuropea, según el estudio de M. García Quintela. Sin embargo, se ha pasado prácticamente por alto la acción de empuñar el estandarte protagonizada por el procónsul, que a nuestro juicio no ofrece ninguna duda en cuanto a verosimilitud y significación. Más todavía, según creemos, la clave del comportamiento de los soldados en aquel trance no la proporciona la salud mental de su jefe una vez en la otra orilla, refutando con ella el carácter infernal del río, como quiere la interpretación tradicional, sino la asunción por el primer oficial del papel de *signifer* del ejército, con todo lo que ello suponía para la tropa juramentada.

En una legión había entre sesenta y setenta estandartes y dos tipos de abanderados, el más antiguo y corriente de los cuales recibía el nombre de *signifer*, «portador de la enseña». El otro portaestandarte, de mayor rango, era el que sostenía el águila, y de ahí su denominación, *aquilifer*. Cuando Polibio escribía sobre el ejército romano, en fechas no lejanas a los hechos que nos ocupan, sólo los más recios y valerosos entre los legionarios resultaban elegidos para el honroso cometido de confaloniero, dos por cada manipulo seleccionados por el centurión correspondiente (VI, 24, 6). Algunos de estos estandartes eran muy sencillos, otros llevaban alguna condecoración ganada por la legión o, después de la República, el signo del zodiaco del emperador que la había fundado. La enseña era sagrada, o lo que es lo mismo, contenía propiedades mágicas —al igual que un *agalma* identificativo para un griego—, por lo que su pérdida suponía una verdadera tragedia para todo el ejército, incluido el general en jefe, fuese un cónsul o el propio César: Augusto, como ya hemos visto, se jactaba en sus *Res Gestae* de haber recuperado las insignias perdidas ante los hispanos por sus predecesores y, más obsesivamente aún, se lamentaba una y otra vez por los soldados y los estandartes de las cuatro legiones de Varo masacradas en el bosque de Teutoburgo por los germanos. ¿No fue un timbre de gloria para Trajano el haber recobrado de los Arsácidas las águilas que los arqueros persas se habían llevado como precioso botín de la batalla de Carras?¹².

¹² Desde el punto de vista epigráfico y arqueológico debe aludirse a la lápida funeraria exhibida en el museo romano-germánico de Bonn correspondiente a Pintayo, nombre celta, *signifer*

Con los estandartes iba el esṕritu de la legi3n, su genio protector y su destino, y un bisoño cualquiera no estaba en absoluto autorizado para defender semejante śmbolo. Bruto sabía muy bien lo que hacía al empuñar una de las enseñas legionarias, acaso la del primer manípulo, porque de esa manera *comprometía* moral y religiosamente a sus hombres a atravesar la corriente tras de él, con mucha más fuerza que con una arenga ilustrada o una demostración de sus recuerdos. Sabemos que casi un siglo después, cuando Julio César dirigía el primer ataque romano contra Britania, al acercarse a la costa se encontró con una acogida bastante violenta de los indígenas; sus hombres sentían miedo de saltar a aquellas aguas profundas y tenérselas con los lanceros británicos que les aguardaban en la playa. En aquel comprometido trance fue el *aquilifer* de la décima legi3n el que se lanzó en primer lugar, gritándoles a sus compañeros que, o le seguían, o no les quedaría más remedio que ver cómo las águilas caían en manos del enemigo, ante lo cual los legionarios olvidaron sus miedos y se lanzaron tras la enseña a la lucha.

Superado el Limia, la expedición continuó hasta el Miño, el punto más septentrional que entonces se alcanzó, según Apiano (*Ib.*, 74). Como Alejandro al llegar al Indo no pudo seguir más al Este ante la oposici3n de los macedonios, Bruto no pudo seguir adelante a causa de los temores redobladados de una tropa que imaginaba estar pisando los confines prohibidos de la tierra. Al parecer, un nuevo prodigio hizo enmudecer a los legionarios: el espectáculo inédito para muchos del sol tragado por las aguas, como una seña del descontento divino por el cruce sacrilego del río del Olvido: «Décimo Bruto penetró más al interior de los pueblos célticos, lusitanos y todos los galaicos, pasó el río del Olvido, temido por los soldados, y recorrió vencedor el litoral del océano, no volviendo atrás hasta que advirtió, no sin cierto horror y temor de haber cometido un sacrilegio, que el sol caía en el mar y sus fuegos se apagaban en las aguas» (Floro, I, 33, 12). En realidad, tanto o más que esta *interpretatio* de la puesta de sol como mal agüero, pesaba el hecho de que en la retaguardia del ejército la tribu de los brácaros se acababa de apoderar de los dep3sitos de provisiones y amenazaba la línea de comunicaci3n con las bases del Tajo (*Ap.*, *Ib.*, 74). Bruto hubo por tanto de afrontar esta amenaza y regresar para combatir a los sublevados.

Se trata en efecto de la única batalla importante que narra Apiano en país galaico, acaso la misma que pinta de manera grandilocuente Orosio (*Adv. pág.*, V, 5, 12), con astronómicas pérdidas para los indígenas: «Entretanto Bruto derrotó en Hispania Ulterior, en una complicada y difícil batalla, a

de la *cohors V Asturum*, proveniente de la Asturias trasmontana, regi3n originaria de formaci3n de la cohorte, aunque estacionada en el Rin. Dice la inscripci3n: *Pintaius Pedilici f. Astur Transmontanus castello Intercatia*. Véanse por lo demás las ilustraciones y comentarios de J. Wilkes. *El ejército romano*, Madrid, 1990, p. 32.

pesar de cogerlos desprevenidos, a sesenta mil galaicos que habían acudido en ayuda de los lusitanos, de los que se dice que cincuenta mil perecieron en aquel combate y seis mil fueron hechos prisioneros, consiguiendo huir muy pocos de ellos».

Seamos prudentes. Es lógico pensar en uniones coyunturales o en laxas federaciones tribales, que harían acto de presencia frente al enemigo exterior o en apoyo de los pueblos vecinos amenazados, como los lusitanos o vetones. Aun así, séanos permitido dudar de las cifras de Orosio, infladas como tantas otras de la historiografía antigua, aunque no tengamos por qué poner en tela de juicio la dureza y truculencia de los combates: en el relato de Apiano, los *Bracari* se baten junto con sus mujeres hasta el último aliento, prefiriendo el suicidio y el sacrificio de la prole antes que caer en manos del invasor. No en vano ha sido el norte de Portugal la región que ha dado esas estatuas impresionantes de guerreros, provenientes de la zona bracarense y limítrofes¹³. Según todos los cálculos, el choque contra los brácaros debió de tener lugar el 9 de junio del 137, fecha que fue conmemorada en Roma años más tarde con la construcción de un templo (Ovidio, *Fastos*, VI, 461). Como siempre, los arqueólogos han intentado rastrear las huellas del paso devastador de las legiones por las comarcas portuguesas, y así se ha atribuido la ruina de la primera muralla del castro de Sabroso (Guimarães) a esta guerra entre los romanos de Bruto y los indígenas de *Bracara*. Sea como fuere, tras repasar el Duero, el jefe de la expedición ganó el territorio de los vaceos, donde se unió con las tropas de Marco Emilio Lépido, que combatía contra ellos.

La expedición de Décimo Junio Bruto contra la futura Gallaecia no careció de consecuencias ni mereció el olvido de sus contemporáneos. A buen seguro, los castreños cobraron conciencia cabal de la potencia romana y las tribus entre el Miño y el Duero quedaron sujetas nominalmente a la autoridad de los gobernadores de la Ulterior. La aparición de ánforas comerciales en la zona de Viana do Castelo ilustra la progresiva apertura del mundo indígena al exterior romano, una cierta familiarización mutua, sin la cual no es posible comprender la progresión de las armas romanas en el siglo siguiente¹⁴. El propio Bruto, por la cuenta que le corría, debió de ser el primer interesado en magnificar su empresa y en dar cuenta de la singularidad del país de los castros: sus diarios de campaña sirvieron de base informativa para autores como Estrabón, cuyas descripciones etnográficas y corográficas beben también en dichos apuntes, sin olvidar a sus predecesores y viajeros

¹³ Vid. F. López Cuevillas, *La civilización céltica de Galicia*, reed., Madrid, 1989, pp. 262 y ss.; F. Calo Lourido, *A plástica da cultura castrexa galego-portuguesa*, vol. I-II, A. Coruña, 1994.

¹⁴ Cf. J. L. Naveiro López, *El comercio antiguo en el N. W. peninsular*, A. Coruña, 1991, pp. 131, 175-6.

peninsulares, caso de Polibio, Posidonio y Artemidoro. Ovidio se hace eco asimismo de las hazañas del cónsul en los *Fastos*: «Bruto logró entonces para sí el sobrenombre de Galaico, tomándolo del enemigo, y tiñó el suelo con sangre hispana»¹⁵. La victoria frente a los brácaros le valió la celebración de un triunfo en toda regla en la capital, *De Callaecis et Lusitanis*, junto con el sobrenombre de *Callaicus*. Los fastos capitolinos confirman epigráficamente este dato de las fuentes literarias: «Décimo Junio Bruto, hijo de Marco, nieto de Marco, el que después fue llamado Galaico. En el año 617, como procónsul, celebró triunfo sobre los lusitanos y galaicos». En agradecimiento a los dioses, Bruto levantó un templo en las proximidades del Circo Flamínio y lo consagró a Marte: dos estatuas decoraban el edificio, obras maestras de Escopas, representando un Marte colosal y una Venus desnuda¹⁶.

* * *

En las décadas siguientes Gallaecia se vio aparentemente al margen de las hostilidades ocasionales entre Roma y algunas poblaciones celtibéricas y, sobre todo, lusitanas. Si Numancia cayó en 133, Lusitania conoció una última gran rebelión en el 99. Fue entonces cuando se produjo la campaña de Publio Licinio Craso en Portugal y Galicia, hacia 96-94. Las informaciones acerca de esta empresa proceden de Plutarco (*Mor.*, 283 F), sólo de manera muy tangencial, y más sustancialmente de Estrabón, aunque a decir verdad resulten demasiado parcas y no poco ambiguas. El procónsul de la Ulterior y padre del futuro triunviro hubo de hacer acto de presencia en Lusitania para poner coto a los sacrificios humanos y reprimir la agitación renacida en esta región. El caso es que, a todas luces, su intervención derivó en una incursión hacia tierras más septentrionales, y seguramente por mar. De acuerdo con Estrabón (III, 5, 11), la expedición de Craso se orientó a la exploración de la ruta fenicia del estaño, en concreto al reconocimiento y exploración de los recursos mineros de las islas Casitérides: «[Los habitantes de las islas Casitérides] viven, por lo general, del producto de sus ganados, de un modo similar a los pueblos nómadas; poseen minas de estaño y plomo y los cambian, así como las pieles de sus animales, por cerámica, sal y utensilios de bronce que les llevan los comerciantes; al principio este comercio era explotado únicamente por los fenicios desde Gadir, quienes ocultaban a los demás las rutas que conducían a estas islas. Un cierto navegante, al verse perseguido por los romanos, que pretendían conocer la ruta de estos emporios, encalló voluntariamente por

¹⁵ *Tum sibi Callaico Brutus cognomen ab hoste fecit et Hispanam sanguine tinxit humum* (*Fas.*, VI, 461-462).

¹⁶ Vid. A. Blanco Freijeiro, art. cit., passim.

celo nacional en un bajo fondo, donde sabía que habrían de perseguirle los romanos; habiendo logrado salvarse de este naufragio, le fueron indemnizadas por el Estado las mercancías que había perdido. Los romanos, sin embargo, tras numerosos intentos, acabaron por descubrir la ruta de estas islas, siendo Publio Craso quien pasó primero y conoció el escaso espesor de los filones y el carácter pacífico de sus habitantes»¹⁷. En esta misión cabría también adivinar los intereses de los *negotiatores* romanos, muy implicados a estas alturas en la explotación de los metales de la península, como ha sugerido A. Tranoy.

Ya en el período de las guerras civiles debemos consignar la ocupación de Cales (Oporto) por Marco Perpenna Veiento, lugarteniente de Sertorio huido de Italia tras haber sido vencido su jefe Marco Emilio Lépido. Tras la ocupación de Cales, Perpenna consiguió llegar incluso hasta el río del Olvido (Limia), muy posiblemente en su huida de Metelo (Salust., *Hist.*, III, 43; Servio, *Ad Aeneidam*, VII, 728). La acción puede ser situada en el 74, es probable que como parte de la política de atracción y reclutamiento emprendida por el caudillo mariano ante los hispanos, sobre todo celtúberos y lusitanos, sin desdeñar a los galaicos. En aquella fecha las tropas de Metelo y Pompeyo obligaron a Sertorio y a sus partidarios a replegarse al extremo occidental peninsular, y no sería una hipótesis descabellada suponer que desde su base segura en el Duero, Perpenna hubiese intentado atraerse e incluso sublevar a los galaicos bracarenses contra los jefes senatoriales. Operación fallida, si es que llegó en verdad a emprenderse, pero que en todo caso estaría señalando la paulatina incorporación del NO a los circuitos económicos y militares del imperialismo romano.

* * *

Indudablemente la presencia de Cayo Julio César en Gallaecia constituye uno de los capítulos más atrayentes de la historia antigua de Galicia. Que nos conste de manera positiva, nunca un emperador, ni siquiera un caudillo republicano de primera fila, llegó a adentrarse en territorio galaico propia-

¹⁷ Para un listado de los autores que identifican las Casitérides con las islas de las rías gallegas, vid. F. J. González García, R. Brañas Abad, op. cit., p. 19. Por contra, L. García Moreno, *Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: imperialismo y geografía fantástica*, en V. Alonso Troncoso, op. cit., p. 102, piensa con Haverfield que dicho topónimo no es otra cosa que «una denominación común (*Sammelbegriff*) para referirse a cualquier lugar atlántico de donde pudiera proceder el estaño». Consignemos asimismo la interpretación cronológica, geográfica y prosopográficamente diferente del pasaje estraboniano que da C. E. Stevens, s.v. *Crassus*, en el *Ox. Cl. Dict.*, 2.^a ed., Oxford, 1970, p. 295, seguido por G. Chic García, *Roma y el mar: del Mediterráneo al Atlántico*, en V. Alonso Troncoso, op. cit., p. 64.

mente dicho, y de ahí la significación extraordinaria que cobra la visita del futuro dictador y padre adoptivo del primer emperador romano, Augusto¹⁸.

César había estado ya en Hispania por primera vez en el año 68, en calidad de cuestor del propretor Gayo Antistio Vetus. Durante esta primera estancia conoció al gaditano Lucio Cornelio Balbo, que se convertiría con el tiempo en uno de sus más directos y leales colaboradores. Como prueba de su carácter ambicioso, se cuenta que contemplando un busto de Alejandro Magno se echó a llorar al percibirse de que él, magistrado aun de nivel inferior, contaba ya la edad a la que el macedonio había muerto. En el 61 a.C. retornó a la Península con mayor dignidad: tras revestir el año anterior la pretura en Roma, César recibió el gobierno de la Hispania Ulterior con rango de propretor. Para entonces, el político del partido popular estaba endeudado hasta las cejas con su amigo y aliado Craso, el hijo del descubridor de la ruta galaica del estaño. No hay que olvidar este dato para comprender el componente exactivo y hasta depredatorio que iba a tomar el gobierno del gobernador de la Ulterior, cosa por lo demás habitual en la carrera política (el *cursus honorum*) de los miembros del orden senatorial: las provincias estaban para resarcirse de los dispendios realizados en la *Urbs* con motivo de las elecciones y del desempeño de las magistraturas, y César debía a Craso 830 talentos, en torno a los 30 millones de pesetas-oro. Según ha calculado J. M. Roldán¹⁹, los efectivos con los que el gobernador se hizo en Hispania llegaron a 3 legiones (unos 15.000 hombres, aproximadamente), tras llevar a cabo algunas levadas entre las poblaciones indígenas. Con estas fuerzas César se dispuso a retomar la ofensiva en país lusitano. Las razones invocadas en las fuentes son de dos órdenes: por un lado, consolidar y fortalecer la seguridad aún cuestionada por el banditaje endémico de las gentes lusitanas; de otro, obtener gloria y riqueza mediante una incursión militar en tierra aún inhóspita a los hombres de Roma.

El relato de Plutarco es muy escueto: «Una vez llegado a Hispania, desplegó rápidamente una intensa actividad; en pocos días logró reunir diez cohortes y las añadió a las veinte que se encontraban allí; posteriormente, marchando contra los galaicos y lusitanos, los derrotó y avanzó hasta el Mar Exterior, sometiendo a los pueblos que aún no prestaban obediencia a los romanos» (*Caes.*, 12). Para nuestros propósitos, nada sustancial añaden Apiano y Suetonio al flaco resumen del biógrafo griego, lo que afortunadamente palia el relato, algo más pormenorizado, de Dion Casio.

¹⁸ Específicamente sobre este nuevo episodio militar, cf. M. Ferreiro López, *La campaña militar de César en el año 61*, I, CPHA. «Actas». Santiago de Compostela, 1988, pp. 363-72. Fuentes: Apiano, *Ib.*, 102; Suetonio, *Caesar*, 18; Plutarco, *Caesar*, 11-12; Dion Casio, 37, 52-3.

¹⁹ *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*. Salamanca, 1974.

No nos interesa considerar aquí en detalle la evolución de las operaciones militares contra los lusitanos durante el año 61, orientadas a terminar con el foco principal de resistencia nacional, situado en el monte Herminio (Sierra de la Estrella). El futuro conquistador de las Galias y vencedor de Pompeyo consiguió desalojar dicha eminencia y empujar hasta el Atlántico a las bandas insurrectas, las cuales según las fuentes habrían optado por embarcarse y tomar refugio en unas islas próximas al litoral —¿acaso las de Berlenga, frente a la costa portuguesa de Peniche, a la altura de Caldas de Rainha?—. En ayuda de César concurrió una flota gaditana de barcazas armada por la familia de los Balbos y de Lucio Cornelio Balbo, nobleza de la Bética muy distinguida, para entonces admitida en la ciudadanía romana, y con estrechos lazos de clientela con las familias senatoriales más implicadas en Hispania. Valiéndose de estas tripulaciones experimentadas, el gobernador remontó la costa portuguesa hasta el Miño y aún más arriba, llegando a *Brigantium*, en el fondo del golfo ártabro (*sinus Artabris*), esto es, el gran brazo de mar que forma las rías de La Coruña, Betanzos, Ares y Ferrol. Es posible asegurar que César se apoderó, o cuando menos obtuvo la rendición, de todos los castros costeros de cierta importancia, empezando quizá por el de Santa Tecla, en la desembocadura del Miño, hasta el núcleo brigantino propiamente dicho (¿Elviña?). No hay constancia en las fuentes de grandes resistencias por parte de los galaicos. Digna en todo caso de recuerdo, si nos atenemos a Dión Casio, fue la impresión causada entre las poblaciones castreñas del litoral ártabro por el batir poderoso de aquellos grandes remos: ¡jellas, que sólo contaban con embarcaciones de cuero y cascocs poco más que monóxilos, como los expuestos en el Museo do Pobo Galego y en el coruñés de San Antón!

No parece probable que en los planes de César estuviese la conquista del país galaico, antes al contrario, todo indica que el deudor de Craso pensaba principalmente en saldar las cuentas con su socio y en costear la campaña electoral para el consulado, al año siguiente. Y a tal fin nada mejor que la irrupción en un *emporion* —acaso un auténtico «port of trade» polanyiniano— como Brigantio, constituido en depósito de riquezas intercambiadas con navegantes fenicios y septentrionales a través de los siglos. El estaño y el oro de Galicia, base de la riquísima orfebrería castreña, eran dos buenas razones para la razzia naval del ambicioso líder popular, aunque tampoco debamos perder de vista a los hombres de negocios de la Bética e Italia comprometidos con sus naves en el viaje. César pudo retornar a Roma con las bolsas lo suficientemente llenas como para saldar cuentas y jugar fuerte la carta del triunvirato con Pompeyo y Craso en el 60, lo que le valdría la magistratura suprema, aunque fuese a costa de sacrificar la celebración de un triunfo a que le hacían acreedor sus éxitos militares en Hispania.

Un último apunte. Como en la expedición de Bruto Galaico, también la salida al océano (el *exokeanismós*), allende las columnas de Hércules, revisitó en César componentes épicos y míticos, e incluso de explícita mimesis

alejandrina, *imíatio Alexandri* que nos recordaba recientemente G. Chic García: «El hecho de que antes de emprender la expedición implorase la protección del Hércules gaditano; de que llevase a L. Cornelio Balbo consigo, en calidad de *praefectus fabrum*, y de que emplease barcos gaditanos en la toma de una isla que Schulten entiende que debía ser la de Peniche, nos hace ver que la relación con Cádiz fue básica en esta expedición atlántica que le habría de llevar hasta el centro distribuidor de Brigantium. Por otro lado Gades, enclave oriental en el extremo Occidente, era la puerta del Atlántico, el punto de partida hacia un mundo ignoto pero que se presentía lleno de posibilidades, lo que no podía dejar indiferentes a hombres como César, que veían en Alejandro III de Macedonia el modelo a imitar, como bien supo ver J. Gagé»²⁰.

La incursión de Julio César en Galicia, por lo general poco atendida por los biógrafos del dictador²¹, dejó abiertas las rutas marinas por las que unos cuarenta años después empezarían a llegar trayendo soldados y colonizadores las quinquerremes y las naves onerarias del Principado.

²⁰ Art. cit., p. 62. Sobre la historia y literatura del exoceanismo en la historia de las colonizaciones peninsulares vid. F. J. Fernández Nieto, *La colonización griega*, en AA.VV., *Historia de España antigua. Protohistoria*, t. I, 2.ª ed., Madrid, 1983, pp. 533 y s., con noticias y consideraciones muy aprovechables para nuestro estudio.

²¹ Ni M. Gelzer, *Caesar. Der Politiker und Staatsmann*, reimpr., Wiesbaden, 1983, p. 56, ni J. Carcopono, *Julio César. El proceso clásico de la concentración del poder*, Madrid, 1974, p. 227, conceden apenas atención a la expedición brigantina.